

La neblina del ayer

Por Carlos Manuel Raya

-¿Por qué importa tanto convertirme? -preguntó el Conde.
-Porque lo estás pidiendo a gritos. Te empeñas en no creer y tú eres de los que no pueden vivir sin creer. Nada más tienes que atreverte y dar el paso.

Con *La neblina del ayer*, Leonardo Padura Fuentes (La Habana, 1955) ha terminado por colocarse dentro del muy reducido grupo de los narradores imprescindibles, aquellos de quienes se espera cada nueva entrega con sobresalto y afán sin que los medios deban hacer mucho esfuerzo por anunciarles. ¿Qué nos traerá Padura ahora?, era la pregunta que antes y después de la última Feria del Libro se hicieron miles de lectores, algunos verdaderos fans desde los días en que Mario Conde empezó a ser un policía cubano fuera de lo común, y los trabajos firmados por su creador para Juventud Rebelde, seguidos con mucha atención.

Hace apenas unos años, Leonardo Padura había roto la zaga del Conde con *La novela de mi vida* (2002). Fue un libro que, como toda obra significativa, dio mucho que hablar, pues mientras la atribulada vida del poeta Heredia era recibida con fascinación por el lector profano, importantes ensayistas y académicos le criticaban dar por reales hechos históricos aún discutidos. Padura, también ensayista, publicaría poco después el texto-fuente: había bebido de un profuso manantial bibliográfico, y los gazapos históricos eran solo imprescindibles piezas en la progresión dramática de una obra que avanza en tres tiempos, tres lenguajes y tres conflictos éticos de cierre imprevisible.

Más allá de cualquier controversia ilustrada -válida, sin duda-, habrá que agradecerle a Padura, como ha sucedido con otros tantos cultivadores del género, descubrirle a las nuevas generaciones, y a otras no tan nuevas, quién fue el Poeta del Niágara. La tarea de los especialistas cartógrafos es enmendar el Mapa; la del Descubridor, hacer ostensible la Tierra.

Quienes le estiman como narrador, a salvo de cierta Paduromanía, y tras la lectura de *La novela de mi vida*, no pudieron evitar el juicio de su aptitud para mayores empeños, si esa obra, en sí misma, no resultaba ya insuperable. Anunciar que Mario Conde volvía al ruedo era un doble reto: en lo formal -perfeccionar la construcción narrativa de *La novela...*-y en lo contextual- un policía atípico, jubilado, en medio del Período Especial.

Tras leer *La neblina del ayer* -dos ediciones de Tusquets, junio y octubre, en 2005- se podría advertir cuánto debe esta narración a su precedente, y aún, en cuánto la rebasa. Si, como dijera García Marquez, escribir novelas es ir colocando bloques hasta formar un sólido edificio, Leonardo Padura mediante el relato en primera persona, el epistolario-revelación, las andanzas existenciales del Conde, y las vívidas descripciones de La Habana actual, va izando una estructura en la cual coloca al lector dónde, cómo y cuando quiere -varios amigos comentan: han sentido los olores y el desasosiego de la marginalidad mientras leen-.

Pero una de las mayores sorpresas de *La neblina...* no está en los aspectos técnicos narrativos -Carpentier afirmaba que era lo más difícil para un escritor: poder decir bien lo que se quiere contar-.

En esta historia, el Conde es llevado por azar a su propio pasado, y al neblinoso ayer de su familia: una lejana resonancia en la voz de una bolera ¿asesinada? 40 años atrás. Las reminiscencias del Conde se funden con su vivencia actual; y en otro plano narrativo, La Habana de los '50 se encuentra con la ciudad de nuestros días. Marginalidad, traición, desánimo, arribismo político y corrupción, parece decirnos la novela, son plantas que se darán irremediabilmente en esta Isla y en todos los tiempos si las condiciones son propicias. *La neblina...* es metáfora: no deja ver los detalles, pero las cosas estuvieron, están y estarán allí para incitar el descubrimiento; de otra manera, la vida misma, la del Conde y la de La Habana, seguirán en brumas, confusas.

Otra sorpresa de *La neblina...*, y que ya se insinuaba en *La novela de mi vida*, es el sentido de cubanía, de profundo orgullo al sabernos herederos de una cultura extensa, plural y, para muchos, desconocida. La biblioteca no es para ser vendida toda, advierte el expolicía devenido comerciante de libros para sobrevivir, sino para protegerla como nuestro más sagrado patrimonio. Mario Conde no descubre solo una biblioteca de antología. Descubre, como Borges, las más profundas raíces culturales y existenciales de una nación: su memoria, sin lo cual, la neblina seguirá ocultando las esencias. En los antiguos textos cubanos, no por casualidad ubicados en una idílica biblioteca habanera, está la respuesta de quiénes somos y de dónde venimos.

Menos casuales todavía resultan los diálogos de Mario Conde y sus amigos coetáneos con Yoyi el palomo, graduado universitario de menor edad, a quien la crisis y por motivos obvios, ha convertido en un hábil y despiadado negociante. Se dirime entre ellos más que una polémica generacional; frente a la frialdad mercantil de Yoyi, se alza una ética del Conde y sus amigos, que si bien no sirve para nada ahora, según el joven, denota justamente lo contrario: las reservas humanas y éticas de varias generaciones crecidas con la Revolución aguardan, como la insondable biblioteca, por la disipación de las brumas.

Los asesinatos, la compraventa de libros viejos y de antigüedades, el ambiente marginal y la frustración de generaciones son tramas menores que palidecen de cara a otro presumible conflicto ético: el desmontaje de Cuba como nación -simbolizada aquí en sus textos angulares- frente a las urgencias y los deterioros del momento. No por gusto, el último acto de desacato del expolicía conflictivo es regalar a sus amigos y a la novia de toda la vida algunos de esos ejemplares fundacionales.

Con *La neblina del ayer*, Leonardo Padura pica bien alto en lo formal y lo conceptual de la novela cubana de estos días. Como siempre, será un placer -también impaciencia- esperar la próxima entrega, firmada desde ese Aleph que él insiste en llamar, simplemente, Mantilla.

